
El alimento de los vientos
EKAITZ QUINTANA RODRÍGUEZ
mr.momo
juvenil

El alimento de los vientos

Primera edición: 2026

ISBN: 9791388016271
ISBN e-book: 9791387817978

© del texto:
Ekaitz Quintana Rodríguez

© de esta edición:
2026, mr.momo

© maquetación y diseño:
Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3º
(41001 - Sevilla)



Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Dedico esta obra a mi familia, en especial a mis padres por todo su apoyo incondicional, tambien a mis amigos por hacer del instituto un sitio mas amable y como no, a esas profesoras que me han hecho amar la lectura y los libros.

¡A todos vosotros muchas gracias!

Capítulo 1
El Eco del Hambre

El sol se ponía sobre una ciudad que no reconocía su propio nombre. Las calles, que una vez resonaron con el bullicio de la vida, ahora solo albergaban el murmullo de pies arrastrándose y el sonido intermitente de las **alarmas del toque de queda**. Ya no había música, ni risas infantiles, solo el fantasma de la normalidad. La gente caminaba con los ojos hundidos y la piel pálida, sombras de lo que una vez fueron. La hambruna no era un desastre, era una cadena. La Autoridad lo había dejado claro: «O trabajas, o te pudres».

Koichi (18 años) se movía rápido, su capucha cubría un rostro que había olvidado lo que era sonreír. El aire, denso y viciado, olía a desesperación. En su mano, apretaba un pequeño pan envuelto en papel de estraza, el único tesoro de su día. Lo

había conseguido después de la jornada de trabajo de su padre, un hombre que cada día regresaba más y más demacrado por el uso de su hechizo. El pan era su salario, el único alimento que podían conseguir.

Se desvió por un callejón estrecho para evitar el control de los **Soldados de la Autoridad**, que vigilaban cada ración con un celo brutal. Las paredes, cubiertas de grafiti borrados y moho, olían a humedad y abandono. Se apoyó contra un muro, cerrando los ojos por un momento para saborear la anticipación. La comida era la última fantasía que le quedaba.

Pero no duró mucho. Una mano pequeña, frágil y sucia, intentó arrebatarle el pan.

—¡Por favor! —susurró la voz temblorosa de una **niña** de no más de siete años.

Detrás de ella, su **madre**, con los hombros caídos por el cansancio, la apartó con desesperación.

—Lo siento, señor… —dijo la mujer con la voz rota por el llanto—. Mi hija… está enferma…

Koichi miró el pan, luego a la niña, a los ojos vacíos de su madre. Sintió un pinchazo agudo en el pecho, un dolor que no era de hambre, sino de algo mucho más profundo. La culpa. Sus dedos se tensaron alrededor del pan y, de repente, una **luz tenue y verdosa** brotó de su mano, un brillo que parecía emanar del propio alimento. El calor se extendió por su palma, un calor reconfortante y extraño, como si la vida misma estuviera fluyendo a través de él.

Asustado, guardó el pan y siguió su camino, el resplandor desapareciendo lentamente. Subió por unas escaleras hasta su apartamento en ruinas, su refugio. Las grietas en las paredes, el techo con goteras y el frío constante no le importaban. Era el lugar que había jurado proteger.

Dentro, una pequeña figura yacía sobre una cama improvisada. Era su hermana, **Hina (11 años)**, con los ojos cerrados, pálida y demasiado delgada. Koichi le acarició la frente.

—Estoy en casa, Hina —susurró con la voz llena de una ternura que el mundo exterior no conocía.

En el suelo, una **fotografía**, la única que le quedaba de su vida anterior. Sus padres sonriendo. Su padre, un hombre amable con un hechizo de manipulación de tierra, fue arrastrado a las minas. Su madre, con su hechizo de comunicación, forzada a trabajar en la central de mensajes. Koichi era el único que quedaba para cuidar de su hermana.

Mientras comía, un grito lo sacó de sus pensamientos.

—¡Abrid la puerta! ¡Sabemos que hay gente aquí! —la voz de un soldado.

Koichi se levantó, temblando. El grito venía del apartamento de al lado. A través de la pared, escuchó ruidos de lucha, golpes, y una voz aguda y aterrada:

—¡Basta! ¡No tengo nada, por favor!

Koichi apretó los puños. Su instinto era escapar, pero algo le hizo quedarse. Se pegó a la pared,

su corazón martilleando. Por una grieta pudo ver al soldado. Este levantó la mano y de la nada, un **punto de energía azul** crepitante se formó. El soldado lo lanzó contra la pared del pasillo y esta se resquebrajó al instante, mostrando un pequeño cofre. El soldado sonrió con desprecio y tomó el cofre dejando a la persona del otro lado llorando.

Koichi miró fijamente el orbe de energía, la imagen grabada a fuego en su mente. Cerró los ojos y se concentró en la sensación de la luz verdosa de su mano. Se imaginó el brillo, luego el poder de la energía del soldado… Abrió su mano y, para su sorpresa, un **pequeño orbe azul** se formó en su palma. No tan fuerte como el del soldado, pero estaba allí, latiendo, crepitando.

Se dio cuenta de que su poder no solo estaba ligado a la vitalidad del alimento, sino a la habilidad de **replicar lo que veía**. Había visto a su padre usar su hechizo de tierra, pero no lo había copiado porque nunca se había manifestado su propio poder. Pero hoy… había comido y la hambruna había activado algo en él. Ahora, al ver al soldado usar su hechizo, lo había copiado. Su poder no era inherente, era un reflejo. Era el hechizo más raro del mundo, y el más peligroso.

Salió al tejado. Desde allí, vio la ciudad: las luces de los soldados, la oscuridad de un mundo sin esperanza. Su mente ya no estaba en la hambruna. Estaba en el poder. En el **orbe de energía** que acababa de crear, en la posibilidad de la supervi-

vencia. En el peligro que representaba este nuevo secreto. Si la Autoridad descubría su hechizo, sería esclavizado de por vida, utilizado como un arma para copiar cualquier poder que necesitaran. Pero si lo usaba con cuidado, podría conseguir comida… proteger a su hermana.

Pero había algo más. Un susurro antiguo que la gente apenas recordaba. Un rumor sobre el **Linaje Real**, los herederos del primer gobernante, los únicos con un hechizo que no era un simple truco. Un hechizo **magistral** que provenía de una época olvidada, cuando el mundo estaba al borde de la extinción. Koichi siempre pensó que era una leyenda para justificar su poder. Pero ahora que él mismo había manifestado un poder imposible, la leyenda tenía un peso nuevo. Si los gobernantes tenían un poder supremo y secreto, ¿por qué esconderlo? ¿Qué estaban realmente protegiendo? Y, ¿qué pasaría si él lograra ver su hechizo?

Miró la ciudad, el eco del hambre resonando en cada callejón. Su poder era una bendición, pero también un arma de doble filo. Era el único que sabía su secreto, el de un mundo de gente con hechizos, y el de la posibilidad de ser como ellos. En un mundo donde la comida era más valiosa que el oro, ese conocimiento podría salvarle la vida… o costársela. Y ahora, una nueva pregunta se alzaba sobre todas las demás: ¿Qué estaba dispuesto a hacer para ver el hechizo del rey? ¿Y qué haría para proteger a su hermana?

Dato del Capítulo

Koichi
Día de Nacimiento: 28 de junio
Altura: 1,80
Hechizo: Copiar/Réplica
Dato del Autor:
Es majo y amable, quiere mucho a su hermana y amigos
Información Extra:
El hechizo de la familia real es ##########.

Capítulo 2
El Precio de la Luz

El pequeño orbe de energía azul crepitaba en la palma de Koichi, arrojando sombras danzantes por las paredes. Era una imitación imperfecta del hechizo del soldado, más débil, pero tangible. Lo miró con una mezcla de fascinación y terror. Su hechizo, el que nunca había tenido, ahora residía en sus manos, un eco robado.

Volvió a entrar al apartamento y cerró la puerta con cuidado. Hina seguía dormida, su respiración superficial, un susurro en el silencio de la habitación. Koichi se arrodilló a su lado, la culpa apretándole el pecho. El orbe azul se desvaneció, su calor desapareciendo al instante. La energía, el poder… se sintió vacío de nuevo. Se preguntó si ese era el precio de su hechizo: si la energía que robaba era tan efímera como el pan que la activaba.

En su mesa improvisada, su cuaderno de dibujo yacía abierto. Tomó el lápiz y dibujó el orbe de energía que acababa de crear. Debajo, escribió una sola palabra: «Réplica». Su hechizo, su secreto, era una réplica. Un eco. Y la hambruna era la llave.

El resto de la noche lo pasó en vela, con la mente a mil por hora. Había visto a su padre y a su madre usar sus hechizos innumerables veces, pero nunca se había manifestado en él. ¿Por qué ahora? ¿Por qué con el pan, y por qué solo después de ver el hechizo del soldado?

Una respuesta fría y brutal se formó en su mente: la hambruna. La falta de comida había forzado a su cuerpo, a su propio ser, a buscar una manera de sobrevivir. Y había encontrado una, aunque fuera antinatural. Los rumores decían que los hechizos se hacían más fuertes con el hambre, que la desesperación era la fuente de poder más pura. Pero su hechizo no era más fuerte, era la habilidad misma. Y si el pan era la gasolina, necesitaba más para mantenerlo.

A la mañana siguiente, el frío había calado hasta los huesos. Hina se despertó, tosiendo.

—¿Koichi? ¿Hay… hay algo para comer? —preguntó su voz, apenas un suspiro.

El corazón de Koichi se encogió. Miró su mochila, donde guardaba el trozo de pan que había sobrado. Era apenas un puñado, no lo suficiente para que Hina se sintiera mejor, no lo suficiente para que él pudiera volver a usar su hechizo.